

EL padre de Pablo y Rebeca había leído a sus hijos aquella noche los primeros capítulos de "Peter Pan y Wendy". La semana anterior terminó de leerles "Peter Pan en los jardines de Kensington", obra mucho menos conocida por los niños, quizá porque es bastante más triste, que había mantenido, sin embargo, en voraz expectación a Rebeca y Pablo durante varias noches. Fue, pues, inevitable continuar las aventuras del muchacho que no quiso crecer, y aquella misma noche irrespirable de un noviembre en que el invierno se resistía a presentarse en Madrid, una noche corriente, que no parecía tener nada de mágica, una noche tan sucia como todas, en que los dos niños estaban dispuestos a dar la tabarra hasta altas horas de la noche si no recibían su ración de Peter Pan, esa noche en que, a pesar del humidificador, el ambiente de la casa era agobiante, esa noche en que el padre de Rebeca y Pablo tenía la cabeza, como siempre, llena de problemas, los tres protagonistas de nuestra historia se toparon maravillosamente con el asunto de "ordenar las mentes". Para el niño y la niña fue un verdadero descubrimiento. Para el padre de esta niña y este niño había sido una recuperación inquietante y un reencuentro que le emocionó profundamente. Porque el padre de Rebeca y Pablo era un sentimental. Y porque aquellos párrafos del libro le trajeron inmediatamente una vieja memoria: la de su propio padre leyéndole aquellas mismas palabras hace demasiado tiempo...

"La primera vez que la señora Gentil oyó hablar de Peter Pan fue con ocasión de estar ordenando la imaginación de sus pequeños. Es una excelente costumbre que las buenas madres cumplen todas las noches, cuando los niños están dormidos: escudriñan sus mentes y ponen las cosas en orden para la mañana siguiente, colocando en los sitios adecuados las múltiples materias que por ellas han vagado durante el día... Si vosotros, niños, podríais permanecer despiertos (claro está, que no podéis), veríais a vuestra propia madre haciendo esto y encontraríais muy interesante ver cómo lo hacía. Es algo así como arreglar cajones. La veríais de rodillas, riéndose de algunos de los objetos contenidos, cavilando cómo dentre los habríais recogido, haciendo descubrimientos dulces y otros no tan dulces, apretando una cosa contra su mejilla como si le pareciera tan linda como un gatito y ocultando

do otra apresuradamente lejos de su mirada... Cuando despertáis por las mañanas, las maldades y pasiones con que os fuisteis a la cama han sido dobladas en pleigues muy pequeños y colocadas en el fondo de vuestra mente y en la superficie están entendidos vuestros más bellos pensamientos, dispuestos para que los uséis".

A pesar de la traducción española, a pesar de que él no era madre, sino padre, y a pesar de que nunca hubiese apretado un gato contra su mejilla —cualquiera se fía...—, el lector se quedó pensando mucho en lo leído, cuando los pequeños oyentes estaban ya felizmente dormidos. Para pensar mejor, salió a la terraza y se zambulló en aquel seco e insólito invierno. Tosió, vio las plantas, iluminado su deterioro por la Luna, sintió el feroz cuchillazo de un "claxon" en el centro mismo del cerebro y huyó simbólicamente de la ciudad, volviendo a encerrarse en el apartamento.

¿Qué habría en las mentes de sus hijos? ¿Quizá se levantaban a veces tan malhumorados por la mañana porque él nunca había ordenado antes los cajones de su imaginación?... Y aquella noche plomiza, surcada por camiones de basura y volantes espectros de polución, aquella noche aparentemente nada mágica, por lo menos en el sentido gozoso del término, el padre de Pablo y Rebeca decidió hacer la prueba.

Rebeca tenía nueve años y dormía en el lado izquierdo, con una mano caída hacia fuera desde el borde de la litera inferior. Pablo tenía cinco años y dormía en el lado derecho de la misma litera, aplastado contra la pared. Ella se había bajado desde su litera de arriba para colarse en la cama de su hermano. Quizá porque confiaban en esta visita y así le facilitaban las cosas.

El padre se sentó en el borde, acercó las dos cabezas con mucha suavidad, separó los cabellos rubios de ambos para dejar libres las frentes y miró en su interior, después de haber soplado y limpiado meticulosamente la superficie de aquel espejo:

En la mente de Pablo vio algo desagradable, que inmediatamente sacó de allí. Era una verja larga, paralela a la pared de una calle, que casi no dejaba sitio a los agobiados paseantes, aunque los protegiera de los coches que intentaban asaltar la acera. El padre reconoció el camino desde el colegio hasta casa... Una imagen del niño en "el bosque de los enanitos" —lugar que también reconoció como los pinos cercanos a la casa que habían alquilado

en la sierra— buscando los regalos que, según él, dejaban allí los enanos las mañanas siguientes a las noches de "luna mágica", le hizo sonreír y la colocó en lugar preferente. Pronto le llamó desagradablemente la atención algo que había en la mente de Rebeca: era un señor de pelo blanco, al final de una gran escalera. El caballero —un verdadero "gentleman", sí, señor— saludaba muy amable a la muchedumbre que se agolpaba en la escalera, empujándose para bajar. Nadie contestaba al caballero y él los despedía con una sonrisa... El padre de Rebeca había reconocido al pobre del aparcamiento y a la masa insensible del domingo por la tarde a la salida del cine. Y, sobre todo, había reconocido los ojos tristes y asombrados de su hija ante la indiferencia de una multitud en la que su padre estaba inmerso como en un rebaño... Pero no, pobre rebaño..., esto otro sí que lo es, y de verdad, un rebaño francamente simpático: un rebaño de vacas perezosas, llenas de costras y de moscas, llenas también de esa filosófica paciencia de las vacas, que las coloca por encima del bien y del mal. Era esa una imagen que no habían olvidado ni Pablo ni Rebeca desde que descubrieron, no hace mucho, los animales del campo... El padre colocó a las vacas en las calles de la ciudad, en lugar de los coches. Trasladó a la gente del aparcamiento al bosque de los enanitos, tópió la verja de la acera, ahora que no había peligro, llenó de enanos multicolores aquellos lugares que en la mente de los niños reflejaban el disgusto de la sucia luz de una ciudad ahogada, y cuando las vacas dieron la vuelta a la esquina, agarró los más dichosos recuerdos de sus dos hijos montados en bici y los plantó en la idílica libertad de aquella ciudad de mentira. Que la disfrutaran por lo menos mientras dormían. Después de arreglar así los cajones de sus mentes, quizá sufrieran más al ver la verdad por la mañana. "Pero sabrán por qué", dijo en alto. Y, además, luego, por la noche, ya se encargaría él de arreglarles los recuerdos...

Hay miembros desde los siete años hasta los dieciocho

Tiempo libre con los scouts de España

EL movimiento scout cuenta ya con setenta y cinco años de historia en el mundo. En España son menos años. Existen diversas tendencias, unas más antiguas que otras, como son Scouts Católicos, los de Baden Powell, la Asociación de Guías de España, la asociación catalana de San Jordi y la Euskalerriko Scoutak. Para alguien ajeno al tema, esto puede ser un pequeño lío. Miren García Celada, miembro de Scouts de España, que es la asociación más numerosa a nivel de Estado español, nos explica un poco las causas de esta diversidad.

—Scouts Católicos nació al estar prohibidas las asociaciones; una de las pocas maneras de poder actuar y estar permitidos era en manos de la Iglesia. La Asociación de Guías surge porque en un principio no era mixto el movimiento scout. Scouts de España fue legalizado alrededor del setenta y cinco. En octubre del ochenta y dos tendremos el congreso general para definir los estatutos y el compromiso asociativo, o sea, el idearium.

—¿De qué edades son los miembros?

—Entre siete y dieciséis o dieciocho años. Como no tenemos gente para formar grupos de tiempo libre, una vez que llegan a esa edad, tienen que quedarse, si quieren, como educadores. Hay también alguna experiencia piloto con chavales más pequeños, pero no en Madrid.

—¿Cómo funcionáis?

—Nos dividimos por etapas evolutivas. De siete a once años son los lobatos; de doce a catorce, la tropa scout; de catorce a dieciséis, la tropa esculta, y de los dieciséis en adelante, el clan. Tratamos de seguir las características psicológicas de cada etapa; así, los lobatos se basan sobre todo en el juego, la tropa scout más en la acción y la tropa esculta en la acción y reflexión. Todo va encaminado a una serie de fines que será contribuir al desarrollo personal y social de los chavales, orientado siempre a un servicio a la comunidad, a los demás.

—¿En qué consiste vuestro compromiso religioso?



● *“Contribuimos al desarrollo personal y social de los chavales, orientado siempre a un servicio a la comunidad”.*

—Nuestra asociación no es confesional. Es un compromiso de cada uno según su culto. Lo que sí tenemos es un compromiso podemos decir político-social; se trata de que el chaval encarne dentro de la comunidad en que vive, todo según la edad. En etapas mayores se trata de que adopten una responsabilidad dentro de esa sociedad.

Sobre métodos, nos dice Miren que es fundamental la educación al aire libre, en la Naturaleza.

—Es una manera también de proporcionar a los chavales de ciudad lo que no tienen. Se les educa en un respeto por lo externo, que va ligado a la cuestión ecológica. Vamos también hacia la responsabilización y autogestión

de los chavales desde pequeños. Progresivamente se les dan responsabilidades, ellos tienen que elaborar sus propias actividades, calificarlas. Con los mayores hay una total libertad; con ellos, el educador no es más que un animador o un coordinador. Se trata de hacer ciudadanos responsables de sus actos y con capacidad crítica, en el trabajo y en la vida.

El sistema de evaluación del progreso del chaval, antes consistía en una serie de pruebas que ahora están en discusión. También se está revisando el significado del uniforme, pañuelos, insignias...

—Para los pequeños quizá sea importante ver signos externos de su avance personal, pero para los mayores parece que no lo es tanto. La esencia del escultismo está en el compromiso, plasmado en la promesa y en una ley, es para consigo mismo y para con los demás. Se trata de aprender a convivir; por eso, ahora se admite la coeducación. Si en la vida normal chicos y chicas van a estar juntos, es lógico que aquí también lo estén y aprendan a ser compañeros.

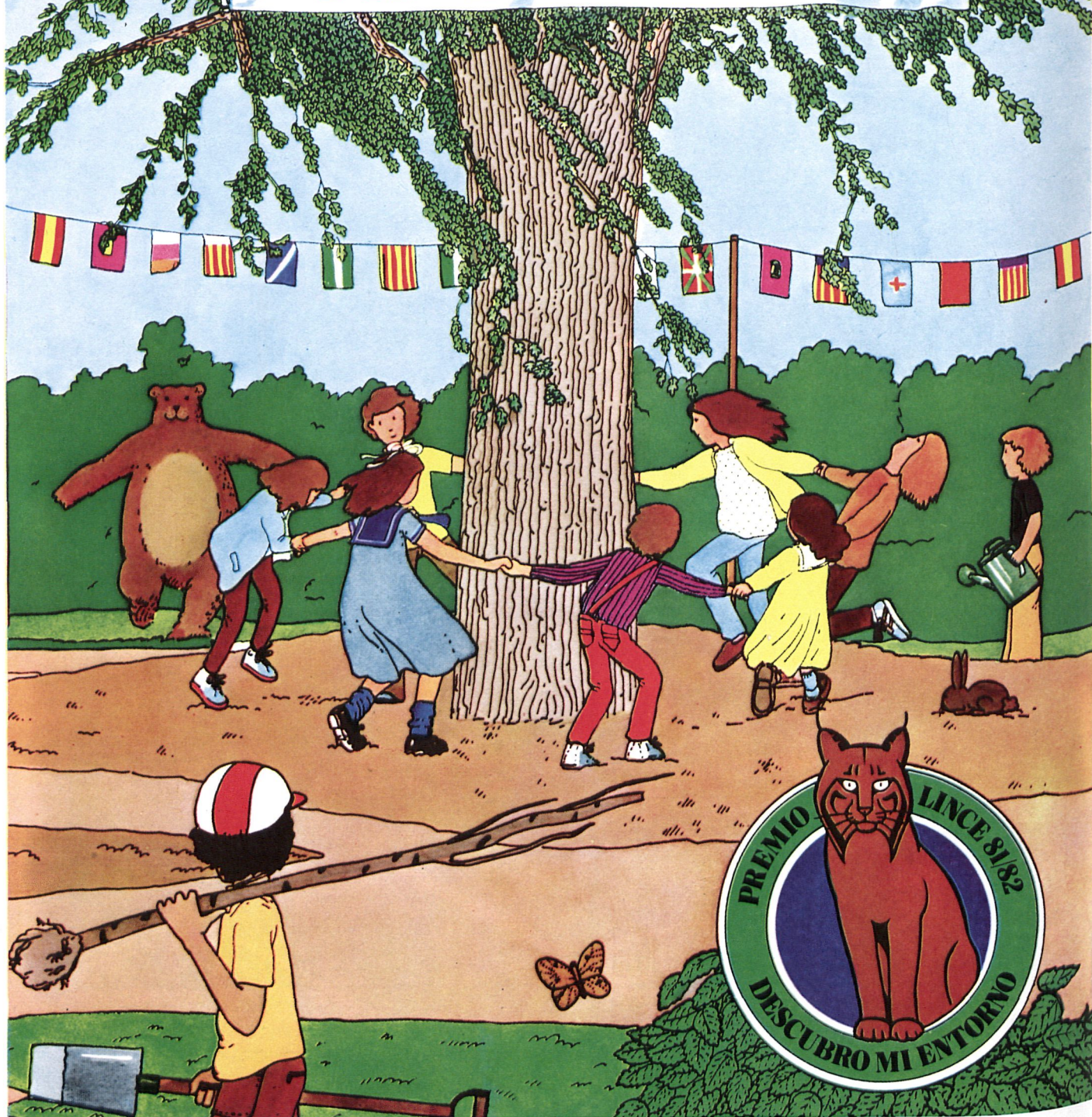
Esta es la realidad de Madrid



Un símbolo para nuestra gente

DIPUTACION DE MADRID - CAMPAÑA POR LA AUTONOMIA

DESCUBRO MI ENTORNO



PREMIO LINCE 81/82

Convocado por
ADENA

y patrocinado por
EL CORTE INGLES

(ASOCIACION PARA LA DEFENSA DE LA NATURALEZA)